

EL COMPROMISO CON LA MEMORIA¹

Jesús Campos García

Yo.— ¿Bailas?

Ella.— Estoy “pillá”.

El diálogo, breve aunque panorámico, se producía en la verbena de un barrio de Almería a mediados de los cincuenta. Lo recuerdo con bastante nitidez porque lo he referido en más de una ocasión a propósito de la época, de una mentalidad, de la condición de la mujer, y también por lo chispeante y conflictivo. Si bien ahora lo traigo a colación no por estos motivos, sino que lo recuerdo por la circunstancia misma de haberlo recordado. Y es que, al plantearme escribir sobre el compromiso del autor (por extensión, del creador), he hecho memoria buscando la referencia más lejana en el tiempo, mi vivencia más antigua en la que se pusiera de relieve lo que era estar comprometido, y así ha venido a mi memoria la imagen de aquella chica de apenas quince años que, sentada en una de las sillas que rodeaban la pista, me miraba sonriente mientras me manifestaba su compromiso con un cierto orgullo. Porque no se negaba a bailar conmigo porque no la dejaran sus padres, porque estuviera cansada, porque no le gustara bailar o porque no le gustara yo, no; no bailaba, simple y llanamente, porque estaba comprometida; y ese compromiso claro y decidido, que podría entenderse como un sometimiento, ella lo aireaba como un triunfo.

Para mí quisiera esa elementalidad, esa relación natural con el compromiso, debida, sin duda, a que se trataba de un compromiso elemental y natural. El compromiso del creador, en cambio, no digo que no sea natural, pero desde luego lo que no parece es elemental. Toda una vida pensando de mí mismo que soy un autor comprometido y ya me gustaría poder decir con igual sencillez qué es lo que me compromete y a qué me obliga ese compromiso. Por supuesto que, de cara a la galería,

¹ Artículo publicado en: José Monleón (ed.), *Teatro y democracia*, Madrid, Asociación de

no me faltarían respuestas prefabricadas con las que salir del trance airosamente. De hecho, hubo un tiempo en el que compromiso era igual a lucha, beligerancia política y social que el creador compartía con un amplio sector de la sociedad y que, por su evidencia, no precisaba de mayor reflexión. Pero la sociedad ha evolucionado, y de aquella relación más inmediata de resistencia frente a la represión se ha pasado a una situación más civilizada en la que gran parte de aquellos problemas se viven de forma más difusa, con el peligro de que podamos estar dando por resuelto lo que sólo está convenientemente maquillado. Recuerdo el comentario que a mediados de los ochenta me hacía un antiguo militante de izquierdas, al cobijo de su despacho oficial: “Pero hombre, Jesús, a estas alturas, ¿qué sentido tiene seguir haciendo un teatro crítico?”. Lógico: él, obviamente, ya había alcanzado el mejor de sus mundos posibles.

Qué duda cabe de que con la llegada de la democracia se diluyó el compromiso colectivo. Y así, de aquel deseo claro de transformar la realidad se ha pasado, con una expresión que lleva visos de convertirse en refrán, al “ya me doy por satisfecho con que no sea la realidad la que me cambie a mí”. Hemos pasado, pues, del compromiso público al compromiso privado. Sin embargo, de un modo u otro, tanto antes en dictadura como ahora en democracia, entiendo que hay otras razones que me comprometen, no ante la sociedad, sino ante mí mismo y ante mi propia obra; y que son esas razones de carácter íntimo las que fundamentan mi compromiso como creador. Por supuesto que se trata de intuiciones, de percepciones personales, pero aprovecho esta intervención supuestamente “oficial” para reflexionarlas públicamente, y así nos saltamos el saludo institucional —siempre tan engorroso— y entramos de lleno en materia.

Para mí siempre estuvo claro —lo que no significa que no pueda estar claramente equivocado— que escribir (por extensión, crear) es vomitar lo que la vida te indigestó. Trabajamos con el desguace de nuestra memoria; el pasado, como un gran almacén de materiales de

construcción, nos suministra los elementos del mecano que iremos ensamblando con nuestra imaginación. Así, de forma imprevisible, te llegan a las manos fragmentos de vivencias irreconocibles que el olvido ya se encargó de triturar; sin embargo, ahí están esos fragmentos, irreductibles, inconexos y acuciantes, demandando ser articulados en una reinención de la realidad. Y no me atrevería a asegurarlo, pero intuyo que mi compromiso de creador tiene más que ver con esos materiales que con ningún noble ideario, ni con la respuesta colectiva a una coyuntura política, por mucho que tanto lo uno como lo otro puedan ser factores fuertemente ligados a nuestra necesidad de expresarnos.

A solas (que la interpretación puede ser colectiva, pero la creación es unipersonal); a solas, digo, uno sabe las reglas del juego, la lógica interna que determina la autogeneración de la obra y, como el jugador de naipes que hace un solitario, voy levantando las cartas, convertido en espectador de mi propio juego, y así me enfrento a la obra tratando de entender lo que ocurre, y no de que ocurra lo que entiendo. Ése es mi compromiso, y ése, me atrevería a aventurar, puede que sea el compromiso del creador: jugar sin hacer trampas. Si la creación de la obra responde a la necesidad de expresar, mediante una reinención de la realidad, lo que no es posible comunicar mediante el empleo de los lenguajes cotidianos, nada más absurdo que amoldar esa reinención de la realidad que surge de nuestra visceralidad —o de nuestra intuición— al discurso generalmente aceptado; discurso que, no conviene olvidar, se genera al margen nuestro y del que sólo somos sujetos pasivos.

Por eso, independientemente de que la realidad nos resulte más o menos agresiva según vivamos en un régimen represivo o de libertades, no hay que ceder ante el sentimiento de inutilidad, ante la frustración que se genera por la desproporción que existe entre el esfuerzo que se emplea y la escasa eficacia de lo que hacemos. El compromiso es con nuestra memoria, con esos materiales que tenemos necesidad de compartir con los demás y que mal podremos compartir si los manipulamos para procurarnos su general aceptación. Y así, cuando surge la tentación de bailar a un son más conveniente, de acomodar el

paso a la melodía generalmente aceptada, traigo a la memoria la imagen de aquella chica, y sin su elementalidad que para mí quisiera, asumo, sí, ese compromiso que nada tienen que ver con que me lo prohíban, con el cansancio o con lo que me puedan gustar otros pretendientes y, sentado al borde de la pista, si no con orgullo, sí con cierta malicia, me digo a mí mismo que “estoy pillao”.